

Educar para el amor

Así ha decidido la redacción titular este monográfico. Ni educación sexual ni educar el amor. En absoluto: para el amor. ¿Por qué?

Pues con la intención de no continuar adulterando cierta tendencia a llamar a casi todo Amor cuando el significado del término no se corresponde con las intenciones.

El amor parte de una premisa básica: dar y recibir. El buenamor se construye pensando en el otro como en uno y construyendo muros de respeto, comunicación y entrega.

El amor generoso está presente en este número como algo consustancial al yo (al nosotros), no se entiende una educación cuyo lema no sea el de establecer directrices para el acercamiento entre personas, entre pueblos. Ni una educación que considere que el hombre y sus emociones no deben ser educadas porque en la escala de prioridades otros temas son de mayor trascendencia.

Urge la reflexión. Las casas están, cada vez con mayor virulencia, apropiándose de los hogares. Los datos señalan un incremento espectacular del número de patologías que tienen su origen en el desamor: familiar, de pareja, de amigos; y, por otra parte, cada vez son más los calvarios que enrojecen al más pintado: guerras, hambrunas... En pocas palabras, la cultura del odio precisa de antídoto.

En las escuelas, el currículo, aunque no con toda la intensidad y claridad debida, ha dejado constancia de su preocupación por la educación del saber ser. Inexorablemente amar entra dentro de esas enseñanzas de obligado cumplimiento, ya no sólo por inquietud personal o social, sino por ley. Entonces, ¿a qué se deben las reticencias?, ¿por qué continúa siendo un tema introducido con calzador en las aulas? Extramuros, la sociedad pide soluciones y, la educación-escuela, resulta culpable y a la vez remedio.

Cultivar el amor, preocuparse por mantener un tallo fuerte y resistente, no es fácil. Se aprende a adorar a un padre, amar a un amigo, enamorarse de la pareja deseada, o a querer al desconocido. Padres y educadores no pueden mantenerse ajenos a estas enseñanzas ni eternizar excusas para no aplicar la lógica insultante del sentido común.

A continuación les ofrecemos una visión del amor en mayúscula: sin colorantes, un deseo que traspasa la frontera del ego.

Quizá, hablar de amor, conlleva irremediabilmente a mencionar palabras que suenan a violines, o a reproducir escenas de miradas cómplices con Barbara Streisand de protagonista. Sin embargo, “el amor” que les ofrecemos en el interior de este número implica algo más que un bonito paseo a la luz de la Luna cogidos de la mano, por muy recomendable que esto sea, que, desde luego, lo es. ■